

Enfoques sobre la élite del poder

ARMANDO RENDÓN CORONA

¿Se quiere que existan siempre gobernados y gobernantes, o por el contrario, se desea crear las condiciones bajo las cuales desaparezca la necesidad de la existencia de esta división? o sea ¿se parte de la premisa de la perpetua división del género humano o se cree que tal división es sólo un hecho histórico, que responde a determinadas condiciones?... Sus orígenes constituyen un problema en sí, que deberá ser estudiado en sí...

A. Gramsci

Presentación

En su formulación teórica, el poder político es un tipo de relación social de autoridad y de obediencia, que en las sociedades modernas se objetiva en el Estado. El concepto de Estado tiene dos acepciones que designan dos ámbitos de la realidad. En un sentido restringido, el Estado es considerado como un sistema de gobierno o como gobierno de funcionarios, cuyos medios son el conjunto de instituciones encargadas de la toma de decisiones y de su ejecución, es decir, el Estado como organización política reglamentada jurídicamente. En su sentido amplio, el Estado comprende el conjunto de relaciones de dominación entre individuos y grupos de individuos, que cobran permanencia en órdenes y organizaciones que encuadran la vida social, es decir, tanto la organización de las clases sociales en cuanto tales, así como del gobierno.

En cualquiera de los dos sentidos en que se emplea el concepto de Estado, su contenido está referido a una relación política o a una condensación de relaciones sociales. Por lo tanto el concepto designa al fenómeno de lo político, pero no de la política como actividad práctica.

La cuestión en la que incursionamos en estas páginas se refiere a la consistencia objetiva de la relación de dominación y específicamente a los medios para su realización. De este modo entendemos que el Estado, en su sentido restringido, tiene un contenido social y material, es decir, una dirección y los medios que la hacen posible. En otro lenguaje, el problema consistiría en que el Estado entendido como organización, es

una reunión de fines y medios determinados por la función misma de la dominación entre clases sociales.

El contenido social del Estado, del que hablaron Hegel y Marx, es la encarnación de las funciones del Estado en un agrupamiento social específico: los gobernantes. La función de éstos dentro de la división social del trabajo, es el ejercicio del poder del Estado para el cumplimiento de sus fines específicos: la organización de la sociedad y su conducción intelectual y moral.

Este problema podría ser resuelto de dos maneras: primero en cuanto a la función misma, esto es, la dominación política de una parte de la sociedad sobre el resto y, segundo, en cuanto a la naturaleza específica de los gobernantes, que alude al proceso que les ha dado origen. La cuestión de la que nos ocupamos aquí es la segunda.

El problema de los agentes del poder ha sido abordado desde diversas perspectivas ideológicas y una de las más reiteradas en el presente siglo es la teoría de la élite del poder, que ha sido ampliamente discutida desde una perspectiva marxista por su origen aristocrático y su justificación de un orden imperecedero de opresión.

Dicha teoría ha tenido un desarrollo muy variado después de sus más importantes expositores (Pareto, Mosca y Michels), lo que hace de esta perspectiva de análisis una de las fuentes más ricas de conocimiento sobre el problema de la existencia histórica de un grupo de hombres que gobiernan a las sociedades. En la exposición, confrontación y crítica de las ideas que aquí presentamos, creemos encontrar un modo de reconocer características objetivas del objeto de estudio.

Comenzamos por exponer algunas de las ideas centrales de autores considerados clásicos y también considerados como sostenedores de una interpretación "monista" o unitaria de la "élite"; en seguida contrastamos con la anterior, la versión "pluralista" de la élite; después tratamos de observar las implicaciones que esto tiene dentro del supuesto funcionamiento democrático de las sociedades capitalistas modernas y, finalmente, tratamos de esbozar un punto de partida distinto desde el enfoque marxista.

Los enfoques clásicos de la teoría de la élite del poder

En todas las sociedades clasistas que conoce la historia han existido ciertamente minorías dirigentes. Pero lo que interesa conocer en la historia son las peculiaridades que asumen en cada caso las clases dominantes y los grupos políticos dirigentes. El valor explicativo de un modelo del mando político radica en que pueda dar una respuesta específica a la pregunta ¿quién gobierna? Pareto hizo popular la frase "La historia es un cementerio de aristocracias", designando con ella una repetida suce-

sión de minorías en el poder. Esa fórmula encierra un determinismo histórico que sólo puede ser demostrado de manera casuística, pero no podría valer como una ley general aplicable a no importa qué sociedad organizada del pasado o del futuro. Que históricamente existen las "aristocracias" es un hecho, pero lo que carece de demostración es que su sucesión sea una ley universal de toda sociedad.

La presunción de los teóricos de la élite de la existencia de una separación puramente política entre dirigentes y dirigidos, conduce a destacar unilateralmente lo político reduciendo a ello toda la dinámica social. A este propósito Gaxie observa con justeza que los elitistas "caracterizan toda sociedad por la dominación de una élite sobre la masa, los teóricos elitistas son llevados lógicamente a reducir la historia a una lucha oponiendo una élite que detenta el poder y aquella que está descartada y que quiere conquistarlo, el resto de la población sirviendo de masa de manobra a las dos fracciones en lucha".¹ Esto es aplicable por igual a Mosca, Pareto y Michels, como veremos en la síntesis de sus proposiciones que hacemos a continuación.

Los tres autores establecen una dicotomía entre gobernantes y gobernados a la que se refieren con distintas denominaciones. Para Mosca, la sociedad se divide en dos clases de hombres, la clase que dirige y la clase que es dirigida; a la primera la llama "clase política". Según Pareto, la división se da entre una clase superior gobernante y una clase inferior gobernada. Michels las llama minoría dirigente y mayoría dirigida.*

En sustancia la concepción de Gaetano Mosca es la siguiente: "Entre las tendencias y los hechos constantes, que se verifican en todos los organismos políticos, hay uno cuya evidencia aparece en todos: en todas las sociedades, desde las más mediocrementemente desarrolladas, aquellas que han llegado apenas a los rudimentos de la civilización, hasta las más cultivadas y las más poderosas, existen dos clases de individuos: los gobernantes y los gobernados. La primera clase, que es siempre la menos numerosa, llena todas las funciones políticas, monopoliza el poder y goza de las ventajas que de él se desprenden; la segunda, más numerosa, es dirigida y controlada por la primera de una manera más o menos legal, más o menos arbitraria y violenta."²

Mosca llega a esta conclusión después de haber seguido el desarrollo del pensamiento político desde la antigüedad, pero en el pensamiento burgués italiano cobra sistematicidad hasta el siglo xx. Mosca mismo llama

¹ Daniel Gaxie, *Les professionnels de la politique*, Ed. Presses Universitaires de France, Dossiers Thémis, núm. 56, París, 1a. ed., 1973, p. 12.

* Shumpeter los designa como "material humano de la política".

² Gaetano Mosca, *Elementi di Scienza Politica*, vol. I, cap. 2, p. 78, en T.B. Bottomore, *Elites et société*, Ed. Stock, París, 1967, p. 11.

la atención sobre este “nuevo método de análisis político” cuyo principal objetivo “consiste en estudiar la formación y organización de ese estrato gobernante”, aceptado en Italia con el nombre de “clase política” o élite según el término empleado por Pareto. Esto había sido intuido desde la antigüedad y más tarde por Maquiavelo, Guicciardini, Rousseau y Saint Simon.

Tal parece que, como lo sugiere Meisel, su teoría fue inspirada por la teoría de las clases sociales de Saint Simon, pero sin su contenido socialista y materialista.³ El mismo Mosca refiere que “para Saint Simon el poder se divide, en todas las sociedades organizadas, en dos órdenes: uno controla las fuerzas intelectuales y morales; el otro las fuerzas materiales. Ejercen estos dos poderes dos minorías organizadas, que juntas integran la clase gobernante”.⁴

El origen de esta separación lo encuentra Mosca, al igual que Rousseau, en la imposibilidad de que el pueblo esté en sesión permanente para la administración de los asuntos públicos. Por ello concluyó que “si examinamos el sistema elaborado por Aristóteles, vemos en seguida que es imposible que un hombre gobierne sobre millones de súbditos sin la ayuda de una jerarquía de funcionarios o de una clase gobernante, y que lo es igualmente que una democracia funcione sin un organismo directivo y coordinador que a su vez será una minoría organizada, otra clase gobernante”.⁵

El criterio que siguió Mosca para identificar la formación de la clase gobernante, está apegado al que formuló Maquiavelo; su tipo de gobernante reunía la voluntad de poder y la capacidad de gobernar, el vigor marcial más la astucia. A su vez Mosca propone como criterio, “...la suma de todas las características personales más apropiadas para conducir un pueblo durante cierto periodo. Agréguese a esto la voluntad de gobernar y el convencimiento de poseer las cualidades adecuadas, que se modifican de modo continuo al modificarse las condiciones de cada pueblo en los aspectos intelectual, moral, económico y militar; en consecuencia, también los ordenamientos políticos administrativos de cada pueblo requieren modificaciones apropiadas”.⁶

En cambio, Pareto enfatiza las cualidades personales de los miembros de la élite, como criterio para su formación.

El modo de su constitución, según Wilfrido Pareto es semejante al de todas las actividades no políticas: de acuerdo con una escala de aptitudes. Además él enfatiza una estratificación dentro del grupo. En las activida-

³ James Meisel, *El mito de la clase gobernante. Gaetano Mosca y la élite*, Amorrortu Editores, Argentina, 1975, (1ª ed. en inglés, 1958), p. 23.

⁴ *Ibid.*, p. 235.

⁵ *Ibid.*, p. 348-349. “Versión definitiva de la teoría de la clase gobernante”, traducción del capítulo 40 del libro *Storia delle dottrine politiche* de G. Mosca.

⁶ *Ibid.*, pp. 245 y 352.

des políticas, la clase superior se divide en dos grupos: la "clase selecta de gobierno" y la "clase selecta de no gobierno". La primera se diferencia de la segunda por tener una participación notable en la actividad política, y la segunda se distingue por su no participación.⁷

En el interior de "la clase selecta de gobierno", Pareto distingue dos capas siguiendo el criterio de su relación con el poder: la élite propiamente dicha que es un sector restringido y que domina el poder, y la sub-élite que está compuesta por aquellos que sirven a la primera; la sub-élite también se divide en dos grupos, los que usan de la "fuerza" (policía, ejército), y los que usan el "arte", los políticos (o politicastos).⁸

La clase de los gobernantes, puede componerse de elementos "agregados" procedentes de diferentes aristocracias, que pueden entrar a la clase o dejar de formar parte de ella gracias a un movimiento de "circulación" ascendente o descendente. El proceso por el cual los miembros de los agregados entran o salen de la élite se denomina "circulación" de las élites. De manera general, las élites sufren una constante transformación, algunas veces por la sustitución completa de una élite por otra, y otras veces por una restauración que consiste en la conservación de elementos de una aristocracia desplazada o por la cooptación de elementos destacados de la clase gobernada.

Por otra parte, Pareto tiene presente que el poder no es una entidad abstracta. El objetivo del poder, su materialidad, son los puestos de dirección del gobierno; es clase selecta de gobierno porque tiene el control de los cargos políticos "no demasiado bajos", por ejemplo, aquellos que son ministros, senadores, diputados, directores de ministerios, presidentes de salas de apelación, generales, coroneles, etcétera. Los individuos que ocupan los cargos políticos los han obtenido compitiendo por ellos y en la misma competencia pueden perderlos. Este movimiento no es la única dinámica de los grupos dirigentes. Además el autor reconoce que hay una mezcla entre los grupos por el paso de los políticos de un grupo a otro. De esta doble dinámica Pareto ha extraído su conocida ley de la circulación de la clase selecta de gobierno que "está en estado de continua y lenta transformación".⁹ Ninguna élite se perpetúa en el poder porque el poder nace de la controversia entre los distintos grupos sociales.

El modelo de la circulación de las élites no ha sido derivado por Pareto de un sistema político ni de un régimen político en particular; más bien responde a una abstracción.

En la concepción paretiana, las reglas de la conservación del poder pueden limitarse a dos: las de la violencia y las de la "astucia". Respecto a las primeras, señala que debe contarse con individuos capaces de usar la

⁷ Wilfrido Pareto, *Forma y equilibrio sociales*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, España, 1966, pp. 67-76.

⁸ *Ibid.*, pp. 161-173.

⁹ Pareto, *op. cit.*, p. 75.

fuerza para no ser desplazados por los individuos de la clase gobernada que emplean la fuerza con el propósito de alcanzar el poder. En lo que se refiere a la astucia, afirma que se trata de que una aristocracia que es poco abierta o cerrada a la incorporación de nuevos miembros llega a la inestabilidad, lo cual no ocurre si llega a asimilar a la parte selecta de los gobernados, y si se vale del fraude y de la corrupción, dejando a los gobernados sin guía y desorganizados. La clase gobernante puede decaer por falta de designios para el presente y para el porvenir, de manera que una revolución puede llevar al poder a una nueva clase que sí tenga tales designios.

Los gobiernos pueden caer si hacen uso exclusivo sea de la violencia contra los individuos capaces de derribarlo (por medio de la muerte, las persecuciones que no llegan a la pena capital como la cárcel, el ostracismo, la ruina económica, la separación de los despachos públicos, el exilio), o si hacen uso exclusivo de la astucia (el hacerles formar parte de los gobernantes). Pareto encuentra que las verdaderas diferencias entre las distintas formas de poder, giran en torno a la sustancia del régimen político: las proporciones en que se usa de la fuerza y del consentimiento como medios de gobierno.¹⁰

A diferencia de la clase gobernada, los gobernantes pueden ver mejor sus propios intereses y, en consecuencia, pueden llevar a engaño a los primeros para que sirvan a los intereses de los segundos, a ello le llama consentimiento.

Pero las ideas de Pareto que pretenden valer para todos los tiempos, en realidad corresponden al surgimiento de la sociedad burguesa. Gramsci así lo analizó partiendo de la misma raíz del pensamiento clásico maquiaveliano; consideró que la forma de gobierno fundado en el consenso permanentemente organizado (según la expresión de Hegel), alcanza su real perfeccionamiento jurídico constitucional con la Revolución francesa de 1789).

De cualquier manera es notable la similitud de la formulación en lo que se refiere al enfoque de la política como acción. Señala Gramsci: "El ejercicio normal de la hegemonía en el terreno devenido clásico del régimen parlamentario se caracteriza por la combinación de la fuerza y el consenso que se equilibran en formas variadas, sin que la fuerza rebase demasiado al consenso, o mejor tratando de obtener que la fuerza aparezca apoyada sobre el consenso de la mayoría que se expresa a través de los órganos de la opinión pública —periódicos y asociaciones— los cuales, con este fin, son multiplicados artificialmente. Entre el consenso y la fuerza está la corrupción-fraude (que es característica de ciertas situaciones de ejercicio difícil de la función hegemónica, presentando demasiados peligros el empleo de la fuerza), la cual tiende a enervar y

¹⁰ *Ibid.*, p. 125.

paralizar a las fuerzas antagónicas atrayendo a sus dirigentes, tanto en forma encubierta como abierta, cuando existe el peligro inmediato, llevando así la confusión y el desorden a las filas enemigas.”¹¹

Así pues el consenso en los regímenes parlamentarios es dejado a las fuerzas privadas de la sociedad, para que lo concedan voluntariamente a los gobernantes. Un elemento que tipificaría a este régimen democrático, en su significado más realista, es el de que “favorece el pasaje (molecular) de los grupos dirigidos al grupo dirigente”.¹² La coincidencia con Pareto consiste en que la democracia es vista como un método de dominación, uno de cuyos procedimientos es la cooptación de los dirigentes de las clases subordinadas, y no considera a la democracia como la forma abierta y libre de constitución de la minoría gobernante.

Desde una óptica más bien técnica y psicológica Michels llega a conclusiones semejantes a los autores anteriores. El análisis de Michels sobre los partidos es, al mismo tiempo, un análisis de la democracia organizada. Por tanto sus conclusiones debieran circunscribirse a las modernas formas de la organización política y no, como lo hace, a la organización política en todas sus formas históricas. Su investigación parte de que la democracia no se concibe sin organización, y que ésta es una condición absoluta de la lucha política conducida por las masas.¹³

No obstante la soberanía de las masas es imposible por razones técnicas y mecánicas para su realización, para que su voluntad se realice se impone la necesidad de delegados susceptibles de representarla. De ello se sigue un proceso por el cual todo partido o sindicato tiende a dividirse entre una minoría dirigente y una mayoría dirigida. Dicho proceso consiste en lo siguiente: “La especialización técnica, consecuencia inevitable de toda organización más o menos extensa, hace necesario eso que se llama la dirección de los asuntos. Resulta que el poder de decisión, que es considerado como uno de los atributos específicos de la dirección, es más o menos retirado a las masas y concentrado en las manos sólo de los jefes. Y aquellos que no eran al principio sino los órganos ejecutivos de la voluntad colectiva, no tardan en devenir independientes de la masa, sustrayéndose a su control.” “Quien dice organización, dice tendencia a la oligarquía.”¹⁴

R. Michels considera sólo en parte el esquema de Pareto y toma con reservas algunos elementos de su teoría de la clase política. La diferencia esencial del planteamiento de Michels atañe más bien a su filosofía de la historia. Sin embargo, podemos reconocer elementos comunes.

¹¹ Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Juan Pablos Editor, México, DF, 1975, pp. 135-136.

¹² *Ibid.*, p. 201.

¹³ Robert Michels, *Les partis politiques*, Ed. Flammarion, París, 1976 (1a. ed. 1913), pp. 25-26.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 32-33, p. 396.

De acuerdo con este autor, la lucha por el poder es una lucha entre minorías cuyo origen último se encuentra en la lucha entre las clases.¹⁵ La lucha organizada entre las clases estaría representada por los partidos que, a pesar de sus postulados radicales, tienden necesariamente hacia el conservatismo o la conservación del sistema político. Esta tendencia se encuentra determinada por el carácter conservador del Estado, por su tendencia a equilibrar los conflictos.

En todo caso, al decir de Michels, "la existencia de jefes es un fenómeno inherente a todas las formas de vida social" ... "los jefes han existido en todas épocas en todas las fases del desarrollo, en todas las ramas de la actividad humana".¹⁶ Para Michels la separación social entre representantes y representados tiene fundamento en la forma misma de la organización social; las causas de la diferenciación son de tres tipos: mecánicas, institucionales y psicológicas, tanto en lo que se refiere a las inclinaciones de los jefes como de las masas.

Si consideramos solamente las causas objetivas y excluimos las psicológicas, la raíz de la diferenciación política es de carácter mecánico e institucional. Correspondiendo a las dos tendencias contradictorias anteriores, se encuentran las causas mecánicas que conducirían necesariamente a la oligarquía de los jefes en virtud de los siguientes mecanismos. Los jefes se crean por el sistema de delegación de poder, lo cual permite la aparición de la desigualdad entre los miembros de la organización; el desarrollo de la organización requiere de la especialización técnica de una parte de sus miembros: los jefes.

En un sentido similar Simone Weil ha deducido una de las "lecciones de la historia" que muestra a las masas bajo el yugo y a unos cuantos levantando el látigo. Consideramos que la autora da una explicación de tipo mecánico sobre la aparición de las minorías opresoras en la medida en que sostiene que el pueblo es sometido por su desorganización, por ser una mera aglomeración de individuos.

¹⁵ Por contrapartida a este punto de vista, Engels hizo notar que las minorías organizadas del pasado seguidas por masas desorganizadas, se habían transformado en organizaciones de masas y de clases, diferenciadas ideológica y políticamente en sus intereses fundamentales. Respecto a la sustitución de los dirigentes, Engels observó que "Todas las revoluciones hasta el presente han desembocado en la sustitución de la dominación de una clase determinada por otra; pero todas las clases dominantes no eran hasta el presente sino pequeñas minorías en relación a la masa del pueblo dominado. Es así que una minoría dominante era derrocada cuando otra minoría tomaba su lugar en el timón del Estado y transformaba las instituciones públicas según sus intereses." Haciendo abstracción de su contenido concreto, todas esas revoluciones tenían en común el ser revoluciones de minorías. Las masas no tenían una idea clara de la vía a seguir (incluso en la revolución popular francesa de 1848); las masas podían ser ganadas por simples supercherías de una minoría empujando hacia adelante. Introducción a *La lucha de clases en Francia*, de K. Marx.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 295 y 34.

En opinión de S. Weil, los que ordenan derivan su posición por el hecho de ser una minoría. Dicho en sus propias palabras: "Pero precisamente porque son poco numerosos forman un conjunto. Los otros, precisamente porque son demasiado numerosos son uno más uno más uno y así siguiendo. Así el poder de una ínfima minoría se basa a pesar de todo en la fuerza del número. Esta minoría triunfa de lejos en número sobre cada uno de los que componen el rebaño de la mayoría. No hay que concluir que la organización de masas invertirá la relación pues es imposible. Sólo se puede establecer una cohesión entre una pequeña cantidad de hombres. Más allá no hay más que yuxtaposición de instintos, es decir debilidad."¹⁷

Este mismo punto de vista fue sostenido por G. Mosca, quien explica la dominación por el hecho de estar organizada: "De hecho es inevitable que una minoría organizada, obedeciendo a un impulso único, domine a la mayoría no organizada. Ningún individuo perteneciente a la mayoría sabría resistir a la fuerza de la minoría organizada. Al mismo tiempo, se puede decir que es precisamente porque ella es una minoría que ella está organizada."¹⁸

Ambos razonamientos fundamentan la supremacía de la minoría por la razón contraria: que la mayoría no puede organizarse a la manera de la minoría. Pero esto supone que la mayoría permanece en estado de masa inorgánica.

Se piensa que una multitud reunida no es capaz de guiarse sino por emociones y sentimientos (la opinión extrema en esta cuestión fue sostenida por Gustavo Le Bon en *La psicología de las multitudes*, 1895). Weil también sostiene que las masas pueden alcanzar una unanimidad al calor de una emoción intensa y general, pero que ésta es incompatible con ninguna acción metódica.

Estos argumentos parecen inconsistentes en cuanto que no consideran que la masa como tal es una abstracción; los miembros de las clases subalternas se organizan, primero, de acuerdo con el proceso de trabajo económico y, segundo, de acuerdo a sus intereses profesionales, políticos, etcétera. El siglo actual se significa por desplegar las más complejas y variadas organizaciones y este proceso organizacional ha ido *in crescendo*. La masa como multitud es un fenómeno fortuito y no estructural a la formación de las clases.

En ese mismo momento de la aglomeración fortuita de los individuos —cuyos impulsos psicológicos básicos serían los mismos entre las clases dominadas que entre las dominantes—, habría que tomar en cuenta el proceso que enmarca la circunstancia, especialmente características como

¹⁷ Simone Weil, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1959, (1a. ed. francesa, 1934), pp. 168-169.

¹⁸ G. Mosca, *op. cit.*, en Bottomore, *op. cit.*, p. 12.

las tradiciones organizativas y de lucha, el desarrollo de su cultura política, etcétera.

Los estados emocionales no ocurren al margen de los procesos mentales y su distinción es un problema de método y de la circunstancia. Pero no podría decirse que la masa no es capaz de elaborar pensamientos colectivos, los cuales tienen que referirse a todo su desarrollo ideológico y político-económico anterior.

Asimismo no se podría demostrar prácticamente que una masa no podría alcanzar una organización y una vertebración a partir de pequeños núcleos y aun celular.

Así pues, la acción metódica de las masas es una cuestión que depende —tanto como para las minorías— de su cohesión y estructuración a partir de grupos pequeños. A nuestra vez suponemos que una vertebración de esta naturaleza permitiría a las masas superar su estado desorganizado, inorgánico y, por tanto, su debilidad. Al alcanzar un grado semejante de organización, la minoría dirigente y las masas, la suposición de que el predominio de la minoría obedece a su cohesión en un pequeño número, pierde su eficacia explicativa. Es entonces que interviene el elemento de fuerza, de coerción física.

Weil también ha sostenido que el poder se basa en la posesión de los medios de acción que rebasen la fuerza de que puede disponer un solo individuo. Pero esto es aplicable tanto a la minoría organizada como a la mayoría organizada también. De modo que las fuentes del poder son otras, a saber: el monopolio de los secretos técnicos, de los armamentos, del dinero, de la coordinación de los trabajos.¹⁹

En resumen, Weil coloca en la base de su explicación del surgimiento de las minorías, la cohesión y el monopolio de los medios de acción. Su coincidencia con la teoría clásica radica en que considera que la minoría se constituye en el poder en función de que la mayoría se encuentra desorganizada y sin disponer de los medios de acción. Así, el pueblo podrá derribar tiranías pero no destruir las fuentes de la opresión.

La circulación de las élites

Michels, al igual que Pareto, habla de una renovación de las clases políticas. La renovación de la élite se produce de dos maneras: en la primera, por una sucesión de élites cuya sustitución puede ser provocada por una revuelta de las masas o por la usurpación de un jefe ambicioso; en la segunda, la renovación de los miembros se produce por la asimilación de los nuevos jefes de la oposición.

¹⁹ *Ibid.*, p. 87.

El autor expuso esta teoría en 1914 bajo la forma de una crítica de la tendencia oligárquica de las democracias modernas, pero todavía no había recurrido a una verificación empírica más amplia. De cualquier modo, los aspectos especulativos que retoma de Pareto permanecen aún en sus escritos anteriores a su muerte (1936). En ellos Michels reconoce que la premisa más general propuesta por Pareto es válida, en tanto que la premisa menor acerca de la circulación de las élites ha sido corregida por otras investigaciones.

Michels resume el pensamiento de Pareto de la siguiente manera: "En síntesis, dicha teoría sostiene que no puede existir asociación alguna sin una clase dominante, pero que las clases dominantes sufren una rápida decadencia. Al principio se debilitan, luego experimentan un proceso de disolución; finalmente, sucumben en lo moral y en lo físico y ceden el terreno a una nueva clase dominante que surge del pueblo."²⁰

Debemos hacer aquí dos señalamientos pertinentes a la nomenclatura usada por ambos autores; en sentido estricto, por clase política se alude a un grupo restringido de la sociedad que son los gobernantes y no a una clase social en el sentido sociológico.

En Pareto, como en otros autores conservadores, la aristocracia encarna una supremacía en todos los órdenes, que la distingue netamente de los restantes miembros de la comunidad indiferenciada socialmente: el pueblo.

Sin embargo, no es en esta cuestión en donde Michels ha desarrollado la teoría de Pareto. Acepta con él que "el pueblo, como colectividad, nunca puede gobernarse democráticamente a sí mismo, pero los propios gobernantes cambian continuamente". Ciertamente a Pareto le interesa menos el cambio individual de los gobernantes que el cambio de las élites en tanto que agrupamientos, en los que se depositan de manera hereditaria el poder y la riqueza durante largos períodos históricos. De ahí que haya concedido una mayor importancia a la estabilidad tradicional de las aristocracias que a los cambios constantes en los gobernantes.

En ese punto Michels retoma la cuestión haciendo residir la circulación en el cambio de los gobernantes y no en la vitalidad biológica de los linajes y en su decadencia moral, social y económica. Por esa razón difiere de su maestro como lo muestra el siguiente pasaje. "Con todo, nos parece posible afirmar, sobre la base de varias investigaciones recientes sobre el tema, que el proceso analizado por Pareto quizás ocurre menos bajo la forma del *cambio absoluto* que bajo la forma de una *amalgama perenne* de nuevos elementos con los viejos."²¹

Sobre la misma base de las investigaciones consultadas por él, propone

²⁰ R. Michels, *Introducción a la sociología política*, cap. III, "La élite", Editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina, 1969.

²¹ *Ibid.*, p. 63. Las referencias a Pareto provienen de su obra, *Les systèmes socialistes*, París, Giard et Brière, 1902, vol. II.

dos correcciones a la teoría de las élites: primera, que la vieja aristocracia no se empobrece en sentido absoluto ni se abre completamente a “nuevos grupos” sino que permanece a la cabeza de las naciones que orientó durante siglos [se refiere naturalmente a Europa]; segunda, que no reina sola, que se ve obligada a compartir el poder con algún nuevo tipo de gobernante.

En resumen, la aristocracia entendida por Michels como una clase dirigente, se compone de una aristocracia de cuna, “profundamente alterada por sí y en sí”, una aristocracia de burócratas oficiales, una aristocracia del dinero y una aristocracia del saber. Por tanto, continúa diciendo, a pesar de que la clase política constituya un orden hereditario cerrado, exclusivo y estable, no es impenetrable. La aristocracia ha estado sujeta, en todas las épocas, a un proceso de renovación biológica y social, se ha rejuvenecido por la entrada de elementos heterogéneos pertenecientes a la clase media (en esta última comprende a la propia burguesía no aristócrata).²²

En los autores y expositores de esta teoría se encuentran subyacentes otros criterios ideológicos que no responden propiamente al examen sociológico. Existe una pretensión de revalorar el papel dirigente de las aristocracias de cuna, y su derecho a gobernar por la fuerza de la tradición, al punto que se pretende identificar a toda la “clase política” con el origen social de una de sus partes.

En esta teoría se encuentra ausente un análisis de los procesos estructurales que generan la aparición de una nueva clase poseedora dominante, y la decadencia de antiguas clases poseedoras. Estando apegada a la suposición apriorista de que la aristocracia permanece a través de los tiempos, vertebrando a la clase política, ha omitido el hecho de que la moderna organización de las clases sociales crea formas nuevas de integración de la clase política por razones funcionales y no por respeto a las tradiciones.

La expresión gatopardesca de que todo cambie para que todo siga igual, describe esa asimilación. En realidad la vigencia histórica de los linajes a través de cinco o siete generaciones es un problema de orden biológico y cultural y no de dominación en un modo de producción, aun cuando pueden aparecer simultáneamente.

Es cierto que las aristocracias se asimilan a la burguesía industrial, que la forma de propiedad —la de la tierra— que les dio nacimiento puede ser una premisa, en cuanto a la acumulación de capital, para su transformación en propietarios de las formas más modernas del capital monopolista y financiero. No obstante, la aparición de “las nuevas aristocracias” da cuenta de un proceso de formación de nuevas clases y sectores de clases dominantes en la sociedad y en el Estado. Por consecuencia se puede seguir hablando de “aristocracias” sólo en un sentido comparativo y analógico.

²² *Ibidem.*, pp. 74-77.

Así pues, el relevo de las élites dominantes no es un rejuvenecimiento continuo de una aristocracia (aunque esto puede ocurrir en el momento de su dominación), sino la sustitución de una clase dominante por otra, o para ser más precisos, de los grupos dirigentes que a ellas corresponden. En todo caso no es desdeñable la aportación que puede dar una élite decadente a una nueva no sólo en hombres, sino en cultura, en ideología, conductas y procedimientos de gobierno.

En fin, las diferencias más notables entre ambos modelos conciernen a las causas que dan nacimiento a los miembros de las élites. Para Mosca y Pareto, son las cualidades de los individuos las que los llevan a diferenciarse; en cambio, para Michels, el origen se encuentra en la forma en que funcionan las organizaciones. Por consiguiente, el origen de las minorías dirigentes es atribuido a causas distintas; mientras que para los dos primeros autores las minorías se sustentan en la supremacía de algunos hombres por sus aptitudes, para el segundo las minorías responden a la supremacía de los intereses concretos de las clases sociales. Además, se desprende de la concepción de Michels que la transformación de las élites responde al nivel alcanzado por la lucha entre las clases y no al vigor o a la debilidad de las aristocracias gobernantes.

Junto con otros autores se afirma no solamente su existencia sino también su necesidad, unas veces subrayando argumentos de eficiencia técnica (Parsons), otras veces a causa de una inevitable desigualdad en la distribución de los recursos (Dahl). En el fondo no es posible desligar el contenido ideológico de esos planteamientos de una concepción determinista; el verdadero problema comienza donde los elitistas suponen que termina: ¿los jefes son siempre una clase dominante en la sociedad?, ¿necesariamente deben convertirse en un poder independiente de la sociedad, por encima de ella?

La versión pluralista de las élites

La teoría de las élites, como la expusieron Mosca y Pareto, postula el hecho de la división de la sociedad en gobernantes y gobernados y la monopolización del poder por un grupo reducido de individuos, élite, que dispone de los instrumentos de la dominación y que se recluta dentro de la clase económicamente dominante.

Obviamente esta teoría surge en oposición a las teorías democráticas, liberales y socialistas, y ha provocado su rechazo precisamente porque invalida la posibilidad de la democracia capitalista u otra. En respuesta a la versión clásica, los liberales, especialmente norteamericanos, han elaborado una interpretación que intenta adaptar aquélla a la existencia de la democracia de los países capitalistas desarrollados.

Situándose sobre el terreno de las libertades políticas que hacen posible el surgimiento de todo tipo de asociaciones de los intereses sociales (R. Maintz considera el fenómeno organizacional como típico de las sociedades capitalistas modernas),²³ se retoma la idea de Michels de que en toda organización de cualquier clase social surgen oligarquías que las dirigen.

De ese modo, la competencia por el poder se daría entre diversas élites, disponiendo cada una de diversos grados de influencia sobre el poder, cuyo resultado sería una limitación del poder mediante un sistema de frenos y contrapesos.

Por consiguiente este enfoque descarta la existencia de una élite homogénea y al mismo tiempo la teoría de que el poder estatal es unitario.

Una exposición bastante clara sobre el asunto y que se atiene al pensamiento liberal clásico, es la de R. Aron. "La diferencia fundamental entre una sociedad de tipo soviético y una sociedad de tipo occidental, es que la primera tiene una élite unificada y la segunda una élite dividida. Secretarios de sindicatos, directores de empresas, funcionarios superiores, pertenecen en su mayoría al partido comunista [...] Al contrario, las sociedades democráticas, que yo prefiero llamar pluralistas, están llenas de un tumulto de luchas que se desarrollan en la plaza pública, entre propietarios de los medios de producción, líderes sindicales y hombres políticos. Teniendo todos los hombres el derecho de asociarse, las organizaciones sociales y políticas pululan y cada una defiende los intereses de sus adherentes con ardor apasionado. El gobierno deviene un asunto de compromisos negociados. Los detentadores del poder están convencidos de la precariedad de su reino. Ellos se arreglan con los opositores porque ellos han sido y serán de nuevo opositores algún día."²⁴

La posibilidad y capacidad de las élites diversas para acceder a los centros del poder, es ese intento de conjunción de las teorías de la élite y de la democracia liberal.

Otros puntos de vista similares fueron expuestos por numerosos norteamericanos dentro de los que destacan D. Truman y D. Riesman.²⁵ Según el primero, la dirección de los asuntos públicos tiende a dividirse entre un gran número de personas y de grupos, en tanto que para el segundo, en vez de una jerarquía única coronada por una clase dominante, se sustituyen varios grupos de presión que se reparten (comparten) el poder.

Estas concepciones reposan sobre el supuesto del carácter inmutable o ahistórico, de las diferencias sociales de riqueza y cultura, que se encuen-

²³ Renate Maintz, *Sociología de la organización*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 2a. ed. 1977 (Hamburgo, 1963), pp. 11-34.

²⁴ Raymond Aron, "Social structure and the ruling class", *British Journal of Sociology*, en Bottomore, *op. cit.*, p. 128.

²⁵ David Truman, *The governmental process*, Nueva York, 1951, David Riesman, *La multitud solitaria*, ed. francesa de 1964. En D. Gaxie, *op. cit.*, pp. 15-16.

tran en la base de la división del trabajo en manual e intelectual, que son todos ellos condiciones de la división de la sociedad en clases sociales.

Es así que otro de los expositores del pluralismo, R. Dahl, afirma que en toda sociedad existe una distribución desigual de los recursos políticos, y esta distribución difiere según se trate de una sociedad jerárquica agraria o de una moderna sociedad industrial. En la agraria los recursos políticos se acumulan, mientras que en la industrial se dispersan entre equipos numerosos y variados de líderes, que cuentan con una diferente combinación de recursos políticos.²⁶

Los recursos a los que se alude son: la especialización de funciones entre los individuos, las diferencias sociales hereditarias, las diferencias de experiencias y las diferencias biológicas. A partir de dicha distribución desigual se establecería una estratificación política según la cual habría un estrato político y otro apolítico.

El estrato político lo subdivide Dahl en dos grupos: los "detentadores" y los "aspirantes" al poder; el segundo lo formarían los "implicados" o no participantes en el poder. Esta clasificación, como se puede apreciar, es coincidente con la propuesta por Pareto y que reseñamos anteriormente.

Para Dahl el estrato político norteamericano no es un grupo cerrado o estático, ni tampoco una clase homogénea con intereses de clase bien definidos. Por el contrario, es accesible a todo individuo que se sienta atraído hacia el estrato.

En resumen, la opinión de Dahl es el resultado de una indagación en una localidad norteamericana y sus conclusiones las generalizó para el conjunto de esa sociedad. En nuestra opinión este autor, como muchos otros de la misma corriente, ha intentado ocultar los procesos de concentración y centralización económicos y políticos.

En el contexto de estas teorías se ha desarrollado en buena parte la investigación sobre los "grupos de presión" política, que cubre una problemática más limitada y operacional. En su interesante revisión conceptual de un conjunto de obras dedicadas al tema, Manuel Ortuño²⁷ ha visto que la transformación de los grupos de interés (que nosotros podemos remitir a la teoría de los agrupamientos sociales) en grupos de presión, estriba en la posibilidad de acceso a los órganos de decisión.

De acuerdo con Ortuño, "quien probablemente se haya acercado más a una definición completa, operativa y al mismo tiempo cargada de contenido teórico generalizador, es Ehrmann: 'Combinación de personas agrupadas por actitudes y finalidades comunes, que tratan de conseguir decisiones favorables para sus valores preferidos, poniendo en práctica todos

²⁶ Robert Dahl, *L'analyse politique contemporaine*, Ed. Robert Lafont, París, 1973, 1a. ed. en inglés 1963. Véase especialmente los capítulos III, IV y VII.

²⁷ Manuel Ortuño, "Los grupos de presión en la sociedad actual", versión mecanográfica, s.f., México.

los medios que estén a su alcance y en especial mediante el acceso a los centros donde se toman las decisiones gubernamentales.”²⁸

Para distinguir la acción política de los grupos de presión de los partidos políticos, el mismo autor remite a la formulación dada por J. B. de Celis:²⁹ “Se considera que el grupo de presión se transforma en partido político cuando decide presentar candidatos a las elecciones y se da por objetivos la conquista y conservación del poder, es decir, cuando asume con toda plenitud la responsabilidad decisional.”

Estas precisiones nos ayudan a distinguir los distintos grados de asociación de los intereses de las clases sociales y los medios para buscar su realización. No obstante, no se puede sustituir la idea de que la sociedad se encuentra dividida en diversos intereses de clase organizados, por la otra de que el poder es simplemente la suma de ellos. Ni aun en los extremos de la tiranía y del despotismo (las formas impuras de gobierno de Aristóteles), se podría pensar en que se habrían suprimido los intereses contrarios a los dominantes, y que al poder establecido de ese modo no corresponderían formas de resistencia y contrapoder por parte de los dominados: precisamente de la diversidad de intereses opuestos surge la dominación unificada de uno de ellos sobre el resto.

Se podría equiparar esta visión de que el poder político se dispersa en tantos poderes como intereses organizados haya, con las sostenidas en relación a la moderna propiedad capitalista, en la que el mando sobre el capital habría ya pasado de manos de los grandes propietarios a los directores que efectivamente lo controlan (James Burnham, *La revolución de los directores*).

Una idea semejante ha sido difundida por ciertos economistas, que afirman que el control de las empresas, medianas y grandes, ya no está en manos de unos cuantos propietarios. La razón que aducen es doble: por una parte la dispersión de las acciones en manos del público, por la otra que la dirección de las empresas se ha separado de los grandes accionistas para recaer en las manos de los directores o gerentes de las empresas que no tienen intereses en conflicto con el público.

Gabriel Kolko³⁰ demuestra cómo ambas tesis no corresponden a la realidad norteamericana. De acuerdo con sus abundantes datos, un grupo reducido de hombres muy ricos tiene el poder de orientar la industria y con ello buena parte de la economía total hacia sus propios intereses. Este grupo posee y controla las más grandes compañías.

Contra la opinión de que existe una minoría omnipotente como causa histórica invisible, C. W. Mills señaló que los observadores de tendencia

²⁸ Ehrmann, *Interest groups on four continents*, en Ortuño, *op. cit.*, pp. 5-6.

²⁹ Jacqueline B. de Celis, *Los grupos de presión en las democracias contemporáneas*, Ed. Tecnos, S.A., España, 1963, en Ortuño, *op. cit.*, pp. 19-20.

³⁰ Gabriel Kolko, *Riqueza y poder en los Estados Unidos*. Ed. FCE, México, 1964. Ver capítulo iv.

liberal elaboraron una opinión contraria. Según esta opinión, las élites lejos de ser onnipotentes se encuentran diseminadas, "carecen de toda coherencia como fuerza histórica". Debido a las presiones de otras minorías, del cuerpo electoral y las leyes, quienes ocupan los puestos de autoridad, aunque formen una clase superior no forman una clase gobernante, aunque tengan poder no son una élite de poder, aunque hay un sistema de estratificación, "no hay un estrato superior efectivo".³¹

La versión pluralista de la teoría de las élites, ha cumplido una función ideológica, encaminada a encubrir la verdadera posición dominante de la minoría dirigente en la estructura del poder y el carácter unitario de éste. Dicha corriente ha tratado de crear una imagen de la democracia expresada, según la fórmula de Parsons,³² en que cada hombre tiene entre sus manos una cierta cantidad de influencia política, de la misma manera en que todos los consumidores se confunden e igualan en el mercado cuando participan en él con una cierta cantidad de dinero.

En esta concepción pluralista, al decir de Gaxie, "no hay grupos duraderamente dominantes, ni jerarquía estable e integrada, en resumen, no hay estructura del poder".³³

Sin embargo no se podría afirmar simplemente que el poder es irresistible y que en el interior de los gobernantes exista una coherencia absoluta, que le brindarían la representación unívoca de un abstracto interés general de la clase dominante.

El personal político es atravesado por la diversidad de intereses que confluyen en el bloque de las clases dominantes; la burguesía moderna se desenvuelve dentro de un conjunto de contradicciones secundarias producto de la competencia intercapitalista (entre fracciones del capital en el proceso productivo, entre capas de grandes y medianos capitalistas, entre monopolios, etcétera), y son esas contradicciones las que explican los cambios en las posiciones hegemónicas dentro del bloque gobernante, el origen y las formas de la selección del personal político.

En cambio, la unidad del personal político constituido como bloque gobernante debe buscarse en su relación con las clases antagónicas y subordinadas, unidad que se muestra en su plenitud en las crisis políticas, económicas y militares que trastornan la estructura de la dominación de las clases poseedoras.

³¹ C. W. Mills, *La élite del poder*, Ed. FCE, México, 5a. ed., 1973, p. 23. También Carl J. Friedrich sostuvo que no hay élites en los Estados democráticamente gobernados, ya que no pueden ser un grupo cohesionado, debido al continuo cambio en su composición y a su reclutamiento entre la gente común. En J. Meisel, *op. cit.*, p. 325.

³² Talcott Parsons, *Estructura y proceso en las sociedades modernas*, Ed. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966, cap. v, p. 189 y sig.

³³ Daniel Gaxie, *op. cit.*, p. 16.

Élite, clase política y democracia

En un sentido restringido, los gobernantes o los agentes del poder institucional, son aquellos que dirigen el aparato gubernamental. En estos límites, un puñado de hombres que disponen de las riendas del poder parecen cortarse de la comunidad, a la que se vinculan sólo por una hipotética representatividad. En los Estados modernos, los gobernantes son el producto de una categoría social más amplia en donde se forman y a la que deben su elevación y autoridad.

Dicha categoría social se forma con los grupos, organizan y dirigen a la sociedad, que encabezan las organizaciones del Estado en su sentido amplio, esto es, su iglesia y partidos políticos, las organizaciones de clases sociales, los medios de comunicación masivos, los sistemas de enseñanza y las corporaciones económicas, etcétera. En suma, los que controlan directamente la organización social.

Por ese hecho, los miembros de dicha categoría social no pertenecen a una clase social en exclusiva, sino a clases distintas. En este sentido los grupos dirigentes no podrían constituir una clase típica en el sentido sociológico, esto es, una clase dominante en la sociedad. Sin embargo se habla de clase dominante y clase gobernante o dirigente como si fuesen una y la misma cosa, tanto en lo que respecta al poder político como al poder económico.

De esta confusión nace el repudio al concepto de clase política dado que, por una parte, no corresponde al contenido sociológico de una clase social y, por otra parte, no corresponde directamente a la clase capitalista dominante en la sociedad burguesa.

No basta con mencionar la existencia de una minoría poderosa en la sociedad, sino que en cada caso histórico concreto debe precisarse su origen, desarrollo y composición. Algunas veces se destaca más la naturaleza unificada de una clase dominante, y en otras se subraya la autonomía de los poderes diversificados tales como el político y el económico. Ni una ni otra consideración son válidas unilateralmente, los poderes políticos y económicos se identifican dentro de un mismo sistema social pero se diversifican vistos en su particularidad.

Dentro de la clase dominante generada en el modo de producción capitalista, se ha observado una creciente diferenciación entre los que concentran el mayor grado de poder económico y político y otras capas que van ocupando una posición jerárquicamente inferior y subordinada. De acuerdo con una escala jerárquica cualquiera, la posición cimera se hace llamar élite, lo cual implica que es una élite de algo, de un grupo social más amplio. Si separamos a la clase social hegemónica en sus diferentes órdenes funcionales, se pueden deducir diferentes escalas jerárquicas y, por consiguiente, diferentes élites políticas, militares, económicas, etcétera.

En su sentido clásico dado por Mosca, la categoría de los gobernantes

sería una clase o un estrato. Pero este grupo incluye a todas las minorías dirigentes dentro y fuera del gobierno. La extensión que da Mosca al concepto es interesante dentro de su explicación de las relaciones políticas basada en relaciones entre fuerzas sociales; en efecto, la lucha de clases no se libraría entre gobernantes y gobernados, sino entre minorías dirigentes que forman la clase política.³⁴

Un discípulo italiano de Mosca, Guido Dorso, introdujo una corrección al uso del concepto de clase política, reservándolo para el sector de la clase gobernante encargada del gobierno oficial en tanto que al conjunto de las élites dentro y fuera del gobierno lo llama "clase dirigente".³⁵ Según Dorso la clase política es un vástago de la clase gobernante, un instrumento técnico político para gobernar, que se forma principalmente mediante el partido político, el que a su vez selecciona entre la masa a sus líderes. Por consiguiente, según este autor, la clase política estaría integrada sólo por las élites de la clase socialmente dominante y no, como se sugiere en la idea de Mosca, con los grupos dirigentes también de las clases gobernadas.

En un estudio más reciente de Dowse y Hughes, se trata de precisar la distinción entre el grupo que efectivamente dirige el centro del poder y su base social de apoyo de donde se recluta la élite, es decir, la clase política. En su interpretación, "la élite potencial, o clase política según el término de Mosca, está formada por aquellos que están dispuestos, o pueden, competir por la influencia, de los que saldrá la élite política, los que ejercen de hecho la influencia política. A diferencia de la élite política, la élite potencial es un grupo o una serie de grupos relativamente dispares 'que pueden estar en grados varios de cooperación, competencia o conflicto entre sí'" (la referencia es de Bottomore en la obra que en este artículo se menciona). "La élite potencial puede ser considerada como un puente entre la élite y el resto de la sociedad, como un canal de información que desempeña funciones menores de dirección y como fuente de reclutamiento para los escalones superiores de influencia."³⁶

Entre nuestra opinión, se puede reservar el uso del concepto de "clase política" (entendida no como clase sino como una categoría social funcional) al conjunto de los grupos dirigentes de la sociedad, en tanto que la élite política podría entenderse sólo como el núcleo efectivamente gobernante (también el concepto de élite podría ser equivalente al de oligarquía de Aristóteles, de minoría en el lenguaje común). Esta restricción tiene un sentido más apreciable para el estudio de la organización constitucional del poder, en donde el grupo gobernante tiene de por sí una cohesión

³⁴ J. Meisel, *op. cit.*, p. 277.

³⁵ *Ibid.*, p. 33. Guido Dorso, *Dittatura, classe politica e classe dirigente*, Turín, 1949.

³⁶ Robert E. Dowse y John A. Hughes, *Sociología política*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1975, 1a. ed. en inglés, 1972, pp. 190-191.

jurídica establecida en la jerarquía de la autoridad. En este mismo sentido es que Mills ha usado el concepto de élite en su profunda indagación sobre la organización de los gobernantes en la democracia estadounidense. En cambio, para la observación de los regímenes totalitarios hecha por S. Weil, especialmente en la Alemania nazi, en donde sus teóricos postulaban la fusión de las burocracias gubernativa, empresarial y sindical, el uso del concepto clase política puede ser más apropiado.

De acuerdo con esto es comprensible que C. W. Mills³⁷ denomine "élite del poder" a los altos círculos de la sociedad norteamericana, constituida como una "coalición" de los agentes de las grandes instituciones políticas, económicas y militares. Cada una de ellas —afirma el autor— "disfrutan de un grado visible de autonomía". Según él, el concepto de "clase dirigente" en la sociedad implica que una clase económica dirige económicamente, lo cual no concede autonomía a lo político ni a lo militar y por tanto es unilateral.

A pesar de algunas críticas injustificadas, Mills constantemente insistió en la unidad que había alcanzado la élite del poder en los Estados Unidos: "Existe una economía política armónicamente ligada al orden y las decisiones militares. Este triángulo del poder es ahora un hecho estructural y es la clave de cualquier comprensión de los altos círculos de los Estados Unidos en la actualidad. Porque, a medida que cada uno de estos campos ha coincidido con los demás, a medida que las decisiones de cada uno de ellos se han hecho más amplias, los hombres importantes de cada uno —los militares de más alto rango, los ejecutivos de las compañías, los dirigentes políticos— han tendido a unirse para constituir la élite del poder en los Estados Unidos."³⁸

Además encontró que su unidad se basaba en la similitud de origen, de visión y en el contacto social y personal entre los altos círculos de cada una de dichas jerarquías dominantes.³⁹

Partiendo del concepto de Mills, Domhoff ha precisado aún más las relaciones entre la "clase gobernante" y la "élite del poder": "Clase gobernante es una clase social superior que recibe una cantidad desproporcionada del ingreso del país, posee una cantidad desproporcionada de la riqueza del país y facilita una cantidad desproporcionada de sus miembros a las instituciones de control y a los grupos clave de la adopción de decisiones en dicho país".⁴⁰ Lo anterior supone que la clase superior predomina pero no compone en su totalidad la élite del poder.

³⁷ C.W. Mills. *La élite...*, *op. cit.*, p. 260 y 26.

³⁸ C.W. Mills, "La estructura del poder en la sociedad norteamericana", en *Poder, política, pueblo*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1964, colección de ensayos publicada en inglés en 1963, p. 6.

³⁹ C.W. Mills, *La élite...*, *op. cit.*, p. 273.

⁴⁰ G. William Domhoff, *¿Quién gobierna Estados Unidos?*, Ed. Siglo XXI Editores, México, 1a. ed. 1969, 1a. ed. en inglés 1967, p. 203. El término desproporcionado se refiere al por ciento de esa clase dentro de la población total.

Así, precisa Domhoff, el concepto de élite del poder "se refiere a los altos funcionarios de instituciones controladas por miembros de la clase superior. Hemos recalcado que los miembros de la élite del poder pueden ser miembros de la clase superior o no serlo, pero que la élite del poder tiene sus raíces en ésta y está al servicio de los intereses de los miembros de ésta". Por el contrario, y en acuerdo con Baltzell, algunos miembros de la clase superior podrán no ser miembros de la élite.⁴¹

Si bien los autores no concuerdan sobre la unidad y la diversidad de la élite del poder, en cambio coinciden en el criterio por el cual se pertenece a ella: el acceso a las posiciones más elevadas del mando. A nosotros, en cuanto que nos ocupamos específicamente de las instituciones políticas, nos interesa especialmente destacar las nociones de puestos de mando y de decisión política. No obstante, el criterio abstracto puede conservarse como válido a pesar de la presentación tautológica que le da Mills cuando escribe que "entendemos por poderosos, naturalmente, los que pueden realizar su voluntad, aunque otros les hagan resistencia. En consecuencia, nadie puede ser verdaderamente poderoso si no tiene acceso al mando de las grandes instituciones, porque sobre esos medios institucionales de poder es como los verdaderamente poderosos son, desde luego, poderosos".⁴² Y más adelante precisa que "en la medida en que se deciden los acontecimientos nacionales, la élite del poder está constituida por quienes los deciden".⁴³

El poder se expresa de manera organizada y, por tanto, cuando se habla de detentar, poseer o controlar el poder, se hace alusión a las posiciones cimeras de dichas organizaciones, desde donde es efectivamente posible decidir poniendo en acción los medios con que cuenta la organización para ejecutar una voluntad política. En esta estructura es en donde cobra consistencia el grupo gobernante.

A este respecto Burdeau⁴⁴ ha precisado el contenido del concepto diciendo: "Llamo *clase política* al conjunto de personalidades o de agrupamientos que, abstracción hecha de toda referencia a los objetivos que ellos persiguen, participan en los privilegios apegados al ascendiente político." Más adelante agrega "...ella comprende a todos aquellos que están englobados en la esfera donde se ejerce la función de decisión".

La noción de "clase política" hace referencia a una categoría social en la que sus miembros, que provienen de distintas clases sociales, se reúnen por su participación en la vida política de la que derivan su semejanza. En fin, es una categoría que se distingue del resto de la sociedad por la función que realiza: el ejercicio de la autoridad. En este sentido se puede

⁴¹ *Ibid.*, pp. 205 y 15.

⁴² C. W. Mills, *La élite...*, *op. cit.*, p. 17 y pp. 15-16.

⁴³ *Ibid.*, p. 25.

⁴⁴ Georges Burdeau, *Méthode de la science politique*, Ed. Dalloz, París, 1959, pp. 450-454.

establecer el nexo entre la categoría social de los dirigentes y el "bloque histórico" de las clases dominantes según Gramsci, o "bloque en el poder" según N. Poulantzas.

Sobre la base de esas premisas es como se ha intentado indagar la naturaleza de un grupo especial de políticos que se sitúan en el centro de las decisiones del poder organizado. Ello implica que deben hacerse las debidas distinciones entre lo que es la clase política como conjunto, y segmentos de ella; por ejemplo dentro del personal estatal, se considera sólo a la burocracia política a diferencia de la tecnocracia y la burocracia, que forman su masa instrumental. Así, la élite del poder sería el grupo propiamente gobernante del Estado, y la "clase política" un conjunto más vasto de dirigentes de las organizaciones de la sociedad civil capitalista.

Se puede decir que la "clase política" es al mismo tiempo homogénea y heterogénea; ella constituye una categoría social que se distingue de otros grupos sociales por la identidad en las funciones de dirección y mando, pero contiene la diversidad de la sociedad en tanto que reproduce la contradicción entre las clases sociales que la dividen, al mismo tiempo que reproduce las jerarquías existentes entre ellas.

De manera de poder resolver esta problemática general, tomamos críticamente la teoría de las élites que ha intentado dar respuesta a la cuestión de quién gobierna. Esta teoría subraya la necesidad de las minorías dirigentes políticamente en toda sociedad organizada; según ella, existe una ley según la cual toda organización social necesita de una clase política, que se desprende del cuerpo social de manera natural y que, independientemente de las circunstancias históricas, debe producirse una división entre los que mandan y los que obedecen.

Los teóricos elitistas han replanteado el problema de la democracia en los sistemas políticos partiendo de la solución dada por los pensadores liberales del Estado democrático burgués. Para los primeros, no es factible el gobierno-directo del pueblo a causa de una desigualdad original entre los individuos que necesariamente tienden a dividirse en dos grupos principales: quienes detentan el poder —económico, social, y político— y los que obedecen a su mandato.

Si bien la concentración del poder en una minoría activa es antagónica del modelo de la democracia directa de todo el pueblo, sin embargo cabría la posibilidad de una democracia limitada, por el hecho de la existencia de un régimen competitivo entre los grupos políticos que participan en la lucha por la conquista y el ejercicio del poder, en las democracias occidentales modernas.

Al reconocer la existencia de una pluralidad de intereses en la sociedad, el elitismo deduce que ellos toman cuerpo en las diferentes élites en conflicto. Para los autores clásicos del problema, esa afirmación no demuestra la existencia de un sistema político democrático sino, por el contrario,

supone una concentración del poder en manos de una minoría, con lo cual se excluye a la mayoría del manejo de los asuntos públicos.

En cambio, para otros autores, especialmente los norteamericanos, quienes pretenden actualizar la teoría de las élites, la lucha competitiva entre las élites, cuando se realiza de manera institucional, es ya de por sí un elemento constitutivo del sistema democrático lo cual significaría la dinámica misma de la política.

Respecto a los autores clásicos como Pareto, Mosca y Michels, la democracia directa del pueblo no existe, gracias a que la soberanía del pueblo desaparece al delegarla a los representantes quienes, por su parte, en vez de ser servidores de la organización se convierten en sus amos.

En efecto, la noción de soberanía en los iluministas franceses, indica quién es el titular de la autoridad legítima, el pueblo, aunque al delegarla supone a quién detenta el poder de hecho. El escepticismo de esta corriente se basa en la imposibilidad de aplicar la famosa fórmula del gobierno del pueblo y por el pueblo, dado que éste no puede ejercer directamente el poder.

Raymond Aron, congruente con esta línea de pensamiento, destaca el aspecto técnico de esta imposibilidad cuando dice: "Es evidente que jamás un gran pueblo ha gobernado por sí mismo. El pueblo, el conjunto de los individuos que componen una colectividad dada, es incapaz de ejercer globalmente las funciones de gobierno."⁴⁵ De esta incapacidad concluye que "la soberanía es una ficción jurídica". Según la visión elitista, la cuestión decisiva no radica en el modo de la gestión de la organización social, sino en la forma de constituir a sus dirigentes. En virtud de que los más diferentes regímenes políticos se reclaman democráticos por conceder al pueblo la titularidad de la soberanía, no es esto lo que puede distinguirlos, sino sólo los procedimientos por los cuales el poder se confiere a los hombres reales, los procedimientos de selección y designación de los jefes políticos o poseedores del poder de hecho.

De esta manera se ve cómo la teoría elitista ha excluido, conceptualmente, al pueblo de la toma de decisiones políticas, por lo que sólo resta en el escenario una minoría dirigente. No obstante debe reconocerse que esto tiene un valor ideológico en cuanto que justifica la intervención de los dirigentes para alejar al pueblo de la toma de decisiones; esto es, la exclusión práctica del pueblo es la premisa real de la formulación teórica y no a la inversa.

La persistencia secular de este hecho ha llevado a los elitistas a considerarlo como una ley universal independientemente de los procesos históricos que le dieron origen. En todo caso lo que está en cuestión es la finalidad misma del poder. Para los teóricos "maquiavelianos", la fina-

⁴⁵ Raymond Aron, *Démocratie et totalitarisme*, Editions Gallimard, Paris, 1965, p. 55.

lidad del poder es el poder mismo y no la dominación de una clase sobre el conjunto de la sociedad.

A juicio de R. Aron "es verdad que, en todas las sociedades, las decisiones son tomadas por un pequeño número de hombres". Y agrega más adelante: "La esencia misma de la política es que las decisiones sean tomadas *para*, no *por*, la colectividad" (subrayados del autor). En lo que toca a las democracias modernas confirma que "no se puede concebir un régimen que, en un sentido, no sea oligárquico"; en todos ellos se presentan rasgos plutocráticos y, además, los detentadores de los medios de producción ejercen una influencia, directa o indirecta, sobre los que dirigen los asuntos públicos.⁴⁶

A pesar de que algunos escritores intentan rescatar un elemento "natural" o divino en la elevación de lo mejor y lo más selecto de los individuos, para justificar una posición ideológica claramente aristocratizante, nosotros tratamos de subrayar aquellos elementos objetivos en los que coinciden una gama de pensadores, no todos reaccionarios.

Sin contrariar en lo fundamental la opinión de Aron, Shumpeter se sitúa en un punto de vista pragmático. La democracia —dice— no debe tenerse como un ideal supremo (lo cual tiene valor para explicarse las motivaciones de la práctica política) sino como un método. El pueblo, salvo en el caso de una democracia directa, "no puede jamás reinar, ni gobernar efectivamente".

En virtud, continúa el autor, de la imposibilidad de la formación de una voluntad y una responsabilidad generales, fundadas en la libre información y en la elaboración de decisiones colectivas, tal como la formula el pensamiento clásico de la democracia, la función del pueblo se limita a la selección de sus dirigentes. Esto es congruente con su definición del método democrático: "...un cierto tipo de organización institucional que divisa llegar a decisiones políticas —legislativas y administrativas— y, por consecuencia, ello no puede constituir un fin en sí, independientemente de las decisiones que se agregan en condiciones históricamente dadas".⁴⁷

En concordancia con la teoría clásica, Shumpeter acepta que el objetivo primordial de la democracia es investir al cuerpo electoral del poder de estatuir sobre los problemas políticos. "Sin embargo las colectividades actúan casi exclusivamente por el intermedio de sus jefes —éste es el mecanismo esencial de casi toda acción colectiva que sobrepase el nivel del simple reflejo." ⁴⁸

De esta manera la función del pueblo, en su calidad de cuerpo electoral es la de dar a luz un gobierno —directamente o por un cuerpo interme-

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 134-135.

⁴⁷ J. Shumpeter, *Capitalisme, socialisme et démocratie*, Ed. Petite Bibliothèque Payot, París, 1963, véanse pp. 330-336.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 368.

diario como el Parlamento— o la de revocarlo. En realidad los electores no controlan a sus jefes políticos sino revocándolos. Dicha función se produce, según la misma definición, por una competencia o concurrencia política entre candidaturas libres compitiendo por votos libres. De esta manera las riendas del gobierno son confiadas a los políticos que tienen un apoyo electoral más poderoso.⁴⁹ Shumpeter concluye que el gobierno no es producto de la voluntad general sino de la mayoría electoral, la cual está triturada por la manipulación de los jefes.

En realidad a esa descripción se reduce la democracia burguesa. El mecanismo institucional por el que se forma la minoría dirigente, en los regímenes parlamentarios, consiste en una sucesiva delegación de poderes, que va del pueblo al parlamento y de éste al primer ministro, y en medio de ambos se encuentra el gabinete. Los hombres que llegan a ocupar estos cargos proceden de la jefatura de los partidos, a la cual llegaron también después de atravesar por varios niveles de delegación de poderes.

Por su parte los partidos tienen la función de representar los intereses reales de las clases que los integran. Ello no impide que la ocupación en la política se convierta en una carrera, lo cual lleva a reconocer la existencia de intereses profesionales específicos en los políticos individuales y colectivamente.

Si bien es cierto que en la mayoría de los regímenes conocidos las decisiones políticas son tomadas por un reducido número de hombres, éstos no disponen del poder en su beneficio exclusivo. El dominio del Estado sobre la sociedad expresa el conjunto de las relaciones de subordinación existentes entre las clases sociales en los terrenos de la producción económica, de la ideología y la moral, etcétera. Por tanto, el gobierno de una minoría es el gobierno de una voluntad colectiva, es decir, de toda una clase o un bloque de clases hegemónicas. Ello muestra, a su vez, que la misma imposibilidad que tiene el "pueblo" para ejercer directamente las funciones del gobierno, la tiene la clase dominante para dirigir en bloque al Estado, ella realiza su hegemonía por la mediación de un cuerpo especializado de individuos, lo que equivale a decir que su mandato es vigente no sólo para la sociedad en su conjunto, sino también para la misma clase dominante. Y ello surge en una época en la que la burguesía emergente pretendía representar los intereses generales de la sociedad.

Aun en los regímenes pluripartidistas, la competencia entre grupos no hace sino reforzar el predominio de la minoría dirigente que se hace plebiscitar en cada elección, al mismo tiempo que incorpora a los representantes de la oposición política y social al Estado, dentro de los órganos deliberativos.

La competencia electoral por sí misma no lleva a la apertura de la minoría gobernante con la incorporación de representantes de las clases

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 366-371, 387.

subalternas. Esto es posible porque el poder sirve para organizar a la clase dominante, y paralelamente a desorganizar políticamente a las clases subordinadas. De esta manera el electorado puede no tener otra opción que elegir a los políticos surgidos de la oligarquía tradicional.⁵⁰

Las democracias occidentales han sabido adaptarse al surgimiento de las poderosas organizaciones sindicales y políticas de los trabajadores de orientación socialista y comunista, sin que por ello se haya perdido la hegemonía en la dirección del Estado. No obstante, la clase política se amplía con los nuevos hombres políticos formados en la representación de las clases y estratos subordinados; conductores de masas e intelectuales toman asiento en las asambleas parlamentarias junto con los representantes de la clase dominante, permitiendo una cooptación que constituye también otro procedimiento de la dominación por la desagregación de las clases subordinadas.

En la vida de los estados capitalistas modernos, la democracia parlamentaria ha entrado en un proceso de decadencia, en virtud de un proceso de asociación de los intereses sociales y del entendimiento directo con el poder gubernativo. A su vez las funciones del gobierno se encomiendan a una administración que está separada de los controles democráticos. De este modo se ha registrado cada vez más una creciente concentración del poder en el llamado poder ejecutivo o jefatura del Estado y del gobierno.

Ese fenómeno es lo que hace cada vez más nulo el procedimiento democrático de elección de los gobernantes, cuyas posiciones obedecen a designaciones por una autoridad superior, es decir, típicamente burocrática o autocrática. Ello también afecta a los métodos de selección del personal político (los cargos tienen una diferencia sustancial si se trata de cargos administrativos o de cargos políticos, en los primeros rige el sistema de promoción o ascenso escalafonario para ocupar los cargos superiores, pero no así en los segundos).

Los cargos gubernamentales son cada vez más de designación, y por tanto el liderazgo político deja de tener importancia como criterio primario de selección del personal dirigente.

⁵⁰ En los estados constitucionales modernos, la fuerza —última ratio— no es el único medio de imponerse sobre la sociedad. En cambio, la legitimidad de la autoridad necesita de otras fuentes. Thiers, el vencedor de la Comuna de París, lo ha dejado bien claro ante sus amigos políticos en un discurso de 1872, "La República será conservadora o no será"; "En la realidad de las cosas lo que se bautiza voluntad del pueblo, es lo que prefiere la mayoría de los ciudadanos. Y ustedes lo han visto, dos veces ya, hasta qué punto esta mayoría puede sernos propicia, y todo lo que nos es permisible, a nosotros 'gentes de bien', a nosotros los poseedores, de obtener de aquellos que nada poseen. Ellos nos han plebiscitado; ellos nos ha delegado por centenas al poder; y nosotros hemos sido dotados por ellos de esa potencia que confiere el sistema republicano a aquellos que ha designado la 'voluntad nacional' para dirigir los asuntos del Estado", citado en Henri Guillemin, *Nationalistes et nationaux (1870-1940)*, Ed. Gallimard, París, 1974, pp. 16-17.

La consecuencia que esto tiene para el funcionamiento del régimen democrático, es la subversión del método democrático mismo del que nos habla Shumpeter, en beneficio de una autocracia de funcionarios, reclutados incluso fuera de los partidos políticos y seleccionados de acuerdo a criterios definidos por la minoría gobernante.

K. Mannheim observó claramente ese peligro para los regímenes de democracia capitalista y prevenía contra la inclinación a que el poder se concediera a hombres preparados para obedecer a quienes los habían reclutado. "Se ha argüido con frecuencia que los funcionarios públicos deben ser dirigidos por jefes políticos capaces, victoriosos en una libre competencia política y capaces de contrarrestar y equilibrar a los funcionarios de carrera que desempeñan sus carreras rutinarias en un ambiente de jerarquías preestablecidas." "Por tanto, las democracias modernas, en esta época de administración burocrática, ya se dan cuenta de la coexistencia de los dos sectores de la sociedad [planificada y de libre competencia] y de sus respectivos tipos de dirigentes. Los acontecimientos recientes han conducido a una gran expansión de los sectores planificados y a la creación de organismos ejecutivos situados fuera de la burocracia tradicional. Cuanto más poderoso sea este sector, más imperativo resultará vigorizar la contienda pública y la competencia para conquistar la dirección política." ⁵¹

Esa misma burocratización del poder gubernamental se desarrolla en los partidos políticos de masas, de manera que los elementos de la democracia burguesa original se desvanecen aceleradamente. La moderna organización social del capitalismo —y de igual manera las sociedades burocráticas llamadas del socialismo real— en lugar de fundarse sobre estructuras particulares democráticas, cada vez son más jerarquizadas y su funcionamiento es reducido a esquemas de poder centralizado y represivo.

En fin, como lo señala correctamente Bottomore, las previsiones de desarrollo de una sociedad democrática basada en la libre competencia, se han transformado en lo contrario: "...la circulación de las élites, que se recluta todavía principalmente en la clase superior de la sociedad, es lenta; su aspecto no ha cambiado sino poco; la vieja concepción aristocrática de sus funciones es sostenida por su modo de reclutamiento, por las teorías mismas de las élites y por las doctrinas del arribismo social; en fin, el nivelamiento de las sociedades occidentales se ha hecho tan lentamente que los gobernantes se diferencian todavía muy netamente, del punto de vista económico y social, de los gobernados." ⁵²

⁵¹ Karl Mannheim, *Libertad, poder y planificación democrática*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 2a. ed. 1974, 1a. ed. en inglés, 1950, p. 129.

⁵² T. B. Bottomore, *op. cit.*, p. 134.

¿El fin de los notables?

Dentro del pensamiento conservador que reseñamos, la existencia de una élite de individuos que monopoliza el ejercicio del poder político, es un hecho irreductible en la historia de la civilización. Toda sociedad, se argumenta, en cuanto alcanza un cierto grado de complejidad en su funcionamiento, requiere de un ordenamiento y una coordinación de sus relaciones, de lo cual surge la necesidad de un grupo de personas especializadas en administrar y conducir al resto de la comunidad.

La división de la sociedad en dos tipos de individuos, los gobernantes y los gobernados, los dirigentes y los dirigidos, los organizadores y los organizados, los que deciden y los que ejecutan, etcétera, aparecería entonces como una necesidad técnica. Sin embargo, el problema no es técnico sino político en cuanto que la capacidad de unos para obligar a adoptar una conducta a otros, de grado o por fuerza, implica una relación de dominio y subordinación.

El materialismo histórico ha dado una explicación bien diferente de esa relación. La explicación de la historia se basa en la transformación permanente de las relaciones sociales, que incluye las relaciones de la producción económica como base del conjunto de las actividades humanas, cuyo desarrollo condiciona la especificidad de cada formación social. La historia no es una monótona repetición de comportamientos sociales, que corresponde a esencias inmutables del género humano.

Dentro de la historia se registran tendencias de gran duración, que muchas veces trascienden a los específicos modos de organización social. Pero ello no valida una explicación metafísica de la historia según la cual las desigualdades sociales son intrínsecas a la naturaleza humana. Es el caso de la familia de tipo patriarcal, de algunas religiones, idiomas, ciertas técnicas productivas, etcétera.

El pensamiento burgués sobre la existencia de los dirigentes políticos ha ocultado la historicidad de los modos de producción económica, de las clases sociales que le corresponden, y de la naturaleza diversa de la dominación política. Se da por supuesto el carácter perenne de ciertas formas de las relaciones sociales: siempre han existido pobres y ricos, gobernantes y gobernados, etcétera.

R. Michels, en un intento de asimilar la teoría de las élites con el materialismo histórico propuso que "no existe ninguna contradicción esencial entre la doctrina según la cual la historia no sería sino una continua lucha de clases, y esta otra de acuerdo con la cual las luchas de clases desembocarían siempre en la creación de nuevas oligarquías fusionándose con las antiguas".⁵³ El principio de la sucesión de clases dominantes y la

⁵³ Robert Michels, *Les partis...*, *op. cit.*, p. 390-391.

ley de la necesidad social de las oligarquías, completan y refuerzan —según el autor— la concepción materialista de la historia.

Efectivamente el pensamiento marxista ha encontrado que en cuanto que aparecen en las sociedades las relaciones de propiedad, posesión de los medios de la producción, y su contrario, la no propiedad y no posesión en otra parte de la sociedad, se produce una necesaria dominación y opresión, que sustentan la explotación del trabajo. Pero de ello no concluye que *siempre* haya de existir una clase dominante y una oligarquía nueva o renovada, ya que ellas son un producto histórico. El error de interpretación consiste en traducir un hecho empírico en una teoría de la historia. El pensamiento socialista ha sostenido no la recomposición sino la disolución del Estado y sus gobernantes.

En realidad el materialismo histórico postula que los diversos modos de explotación y de dominación, aparecen respondiendo a determinadas condiciones, que son susceptibles de precisar. Las funciones de organización y conducción sociales no son intrínsecamente relaciones de opresión, sino en las sociedades clasistas.

En las sociedades en donde se ha producido una separación entre los productores y las condiciones de la producción, es decir la propiedad, reforzada por una división del trabajo, principalmente entre trabajo manual e intelectual, en condiciones en que sus recursos materiales a distribuir y el producto social no son superiores a sus necesidades elementales, en esas sociedades la organización del trabajo y el reparto del producto son funciones que asumen agrupamientos que por ello mismo se tornan privilegiados.

La dominación política es un fenómeno que resulta de la distribución privilegiada de la propiedad y del producto, pero que teniendo su origen en la escasez también es característica de la abundancia y en ambos casos profundiza la desigualdad económica. Los fenómenos de la explotación y la dominación son expresiones de una misma relación social, pero se manifiestan en formas específicas en la moderna sociedad capitalista, aunque no siempre son separables en modos de producción anteriores.

La división social del trabajo no es proceso que sólo haya diferenciado a las clases productoras, también es característico de la clase dominante. Sobre la base de la propiedad privada capitalista y la libre concurrencia, el Estado político se separa en una esfera de actividad propia y con un personal propio. Paralelamente a la formación económica de las clases, se desarrollan en el plano superestructural categorías intelectuales dentro de ellas.

En el caso de la clase capitalista, la llamada clase política o élite del poder, corresponde, al decir de Gramsci, a la categoría intelectual de la clase social dominante.

Aun cuando los gobernantes sean la expresión de la clase dominante, sus intelectuales orgánicos, por su composición no necesariamente son

asimilables a ella. De acuerdo con las distintas modalidades de la dominación burguesa, la minoría gobernante tiene distintas formas de constituirse, es decir, su forma de integrarse depende del modo de constitución del poder político.

El proceso de diferenciación en el interior de la clase capitalista, permite el desprendimiento de una parte de ella especializada en la función organizadora y dirigente ideológico-política. Sin embargo, en esta función participan otros elementos surgidos de otras clases y otras esferas dirigentes de la sociedad. La aparición del Estado político —emancipado de sus ataduras a la propiedad y a la religión—, con su moderna estructura jurídica y burocrática, la formación del personal estatal profesionalizado en su función y la heterogeneidad social del grupo gobernante, son las características principales que hacen de este grupo una categoría social diferenciada del resto de los agrupamientos sociales.

La élite del poder en el Estado moderno capitalista sería, pues, aquel grupo dirigente de las instituciones políticas, cuyo modo de constitución es político. Sería una politocracia —como el grupo dirigente en la sociedad rusa actual—, si no contasen entre los factores de su encumbramiento la pertenencia o correspondencia práctica con la clase económicamente dominante, ya que el liderazgo político no es el factor definitivo para ser miembro de la élite.

Una primera clasificación de las formas de la dominación capitalista estaría dada por la mayor o menor acentuación de los métodos de la fuerza y del consenso, y sus formas serían los distintos grados de dictadura y de democracia. En la primera se podría decir que sería más directamente “aristocrática”, es decir, el gobierno de los propios capitalistas; en las formas del Estado de excepción los gobernantes no serían tanto los propios capitalistas sino los elementos militares, que pueden o no ser reclutados de la misma clase dominante. En estos casos la élite se vuelve cerrada y el fenómeno de la circulación se hace sumamente lento y molecular. En las formas democráticas existe una mayor oportunidad de que las clases poseedoras tengan un mayor acceso a la élite, que ésta sea más plural en su composición; se produciría también una mayor circulación de los cuadros y un intercambio más intenso en sus relaciones y compromisos con las clases subalternas.

La élite del poder en las democracias capitalistas desarrolladas contiene los elementos de la tipología anterior, dado que el poder se apoya simultáneamente en la coerción física y en el “consenso permanentemente organizado”. En su composición coexisten las tendencias a la unidad y a la diversidad (monismo y pluralismo): a su unidad, en virtud de que en su proceso histórico expresa la dominación colectiva de las clases poseedoras sobre las clases trabajadoras, pero también a su heterogeneidad en la medida en que el bloque dominante está compuesto de diversas clases y

fracciones de clase propietarias, cuyas contradicciones secundarias de intereses la diversifican en partidos y fuerzas políticas.

El grupo gobernante, llámese élite del poder, personal político estatal, burocracia política, etcétera, es un resultado de la dominación de una parte de la sociedad sobre la mayoría de ella, por lo que aparece como un resultado de una democracia parcelada, restringida (representativa o dirigida). El sistema de delegación del poder soberano ha constituido el mecanismo principal de la formación de la élite gobernante. Las formas de la democracia representativa, en su desarrollo actual en el siglo xx, han abdicado su función en favor de poderes ajenos, autónomos e irresponsables respecto de la sociedad. Ello ha transformado el "método democrático" en un procedimiento consensual y legitimador de una élite cada vez más impermeable a la democracia, crecientemente autoritaria y solidaria de los grandes monopolios del capital y de la fuerza de trabajo.

El conjunto de las libertades políticas obtenidas por la burguesía y el pueblo en su emancipación de la sociedad feudal, disolvieron viejas servidumbres pero instauraron otras nuevas. La igualdad jurídica de los ciudadanos y el sufragio universal fueron posibles a condición de conservar intangibles la gestión y el dominio privados del capital. La inexistencia hasta la fecha de una democracia económica es la demostración contundente de los límites de la democracia burguesa. Una democracia real implicaría la participación de los trabajadores en la deliberación y toma de decisiones acerca del conjunto del sistema económico, de sus fines y medios.

En el gobierno político y en la gestión económica, el dominio de una minoría más o menos autonomizada de la sociedad, excluye la posibilidad actual de influir en la orientación de la vida social. El proceso de formación de una voluntad colectiva de las masas trabajadoras y los medios para realizarla, son constantemente desvirtuados y manipulados por la clase dominante y por la élite del poder. Las grandes organizaciones sindicales y partidarias pasan también por un proceso de burocratización creciente, dotadas de un cuerpo de funcionarios profesionales que consagran la división entre prácticas económicas y prácticas políticas y se amoldan constantemente a la expansión del capitalismo.

Las luchas proletarias, por lo menos del siglo xx, que han tomado un rumbo autonomista y consejista, han planteado la solución práctica de las cuestiones anteriores. La primera y más importante es la reunificación de la lucha económica y la política y la fusión de los poderes antes divididos en uno solo. Frente al impulso a la centralización se han levantado numerosas experiencias en diversos campos, como el urbanismo, la gestión empresarial, etcétera, en donde la gestión se reconstituye sobre la base de las pequeñas unidades. La gestión misma de las actividades sociales y de las organizaciones, es susceptible de democratizar desde su base y sus componentes celulares.

La pretendida elevación de las minorías poderosas se ha basado en un sistema de monopolios y desigualdades deliberadas: en la cultura y la educación, en la toma de decisiones, en el reparto del producto social, etcétera. Se ha imaginado que las minorías surgen de una selección natural, aunque ella siempre confirma que los linajes llegan a la degeneración biológica y psicológica.

Cuando se ha supuesto que la élite surge de una exigencia técnica, según la cual el pueblo no puede estar reunido permanentemente para resolver las cuestiones que le conciernen, simultáneamente se han aplicado todos los recursos del poder para disolver los impulsos autonomistas y de autogobierno de las masas, de las minorías culturales, etcétera; se olvida que la masa es una abstracción, que los agrupamientos sociales se descomponen en pequeños agregados desde donde emerge toda organización amplia.

En la historia, la dominación funda las relaciones económicas de explotación. La misma relación capitalista de producción es en su base una dominación del capital sobre el trabajo. La disolución de las redes de la dominación es entonces un núcleo de la disolución de las relaciones de explotación, es decir, es en las relaciones de poder en donde se encuentra la solución de toda relación social.

Así pues, el vínculo gobernantes-gobernados es histórico y susceptible de disolución, y de esto los pueblos de numerosas naciones han aportado espléndidas demostraciones, aunque pocas veces cabalmente exitosas.

En el siglo xx se han desplegado más plenamente que en el pasado las tendencias al fortalecimiento de los estados totalitarios y el desarrollo incontenible de inmensas organizaciones burocráticas que se extienden sobre todas las esferas de la actividad social y envuelven a los estados que se autodefinen democráticos. El impulso totalitario y autocrático de las organizaciones modernas se impone abrumadoramente sobre el individuo y en especial sobre los productores directos, creativos y pensantes, haciéndolos objeto de una ilimitada manipulación de su voluntad para someterlos a un esfuerzo por un crecimiento material irracional cuyos fines no son el hombre mismo sino la acumulación de fuerzas materiales. La democracia liberal ha sido sepultada por las mismas fuerzas que desató y de ello da cuenta el pensamiento pesimista burgués y tecnocrático.

El restablecimiento de la primacía de lo social sobre lo instrumental, la superación de las relaciones sociales basadas en la dominación por otras basadas en la cooperación, no son posibles sin el desarrollo radical de los supuestos del pensamiento liberal: el paso de la soberanía usurpada por las minorías y reducida al ámbito jurídico-político, a la soberanía real de la comunidad por la democracia directa de productores y consumidores, es decir la democracia económica y política; el abandono y disolución de la gran organización centralizada y permanente, en busca de una organización flexible y temporal al alcance del individuo común y de las mo-

lécúlas sociales; la supresión de la disciplina externa e impuesta, por otra lealtad y responsabilidad libremente consentidas; la sustitución de los proyectos sociales históricos que consumen la vida presente de los trabajadores por una supuesta felicidad futura, por objetivos ajustados a la satisfacción de la serie infinita de necesidades humanas; la disolución de los poderes concentrados y ejercidos por agrupamientos profesionales, y su remplazo por la asociación y federación de múltiples unidades autónomas y la renovación completa y periódica de los representantes ante los cuerpos encargados de mantener la libertad social; en fin, la extensión de las libertades que permitan el desarrollo pleno de las capacidades humanas.

Los ideólogos de la élite del poder supusieron que una organización política adecuada a la idea de justicia era una utopía. Sin embargo sus propios postulados no remiten a otra justificación que al mundo de los valores eternos. En contrapartida, puede decirse del pensamiento elitista la misma objeción que Adorno hiciera a Spengler: "Cada vez que Spengler habla del destino se trata en realidad del sometimiento de un grupo de hombres a otro. La metafísica del alma se añade al positivismo para poder declarar eterno e inevitable el principio de ese dominio que se reproduce constantemente." En cambio, la historia nos presenta constantemente el renacimiento de la libertad humana ahí donde sólo había barbarie y decadencia, y son aquellas utopías las que abren el camino, porque la acción social es guiada por las aspiraciones y prefiguraciones del futuro y representa la negatividad a la cultura vigente. Dicho a la manera de A. Touraine: "El pensamiento utópico es un momento indispensable en la mutación social y cultural" (*La voix et le regard*), o a la manera de Adorno: "Frente a la decadencia de Occidente no está, como instancia salvadora, la resurrección de la cultura, sino la utopía, que yace, silenciosa e interrogante, en la imagen misma de lo que se hunde" (*Crítica cultural y sociedad*).